

Representar lo imposible

PERAN HERMINY

Al revisar la producción reciente de la talentosa joven escultora y pintora venezolana Carolina Rodríguez Baptista, lo primero que se advierte, antes de intentar cualquier análisis, es la persistencia temática de la figura humana como centro y eje del discurso expresivo de la artista. Más aun, es ese el tema único, o casi único de toda su obra. Pero no está en la propia figura humana la expresividad de su obra, sino fuera de ella. No son sus volúmenes, ni sus proporciones, ni el juego de sus líneas, ni el de sus luces y sombras, en suma, no son sus formas las que nos dicen algo. Tampoco se distorsionan, ni se deforman o contraen para enfatizar algo. Son figuras pequeñas, simples, sobrias y casi neutras. No tratan de copiar exactamente todos los rasgos anatómicos ni la fisonomía de la gente. Se limitan a representarla como símbolos, es decir, a ser reconocidas como cuerpos humanos.

De esas figuras depende el discurso expresivo de la obra, que no es un discurso formal sino expresivo, porque no es una obra formalista, en la cual la obra se manifiesta en sus formas y no nos remite a nada exterior a ellas. Las obras de Carolina Rodríguez Baptista, en cambio, se refieren a otras cosas fuera de ellas. La artista se sirve de los elementos escultóricos o pictóricos como de un lenguaje expresivo, de un lenguaje visual, los usa como signos. La expresividad – decíamos – no está en la formas de las figuras, sino en las relaciones que se establecen entre esas figuras y su entorno: entre sus gestos, sus posiciones, sus movimientos y el entorno del espacio vacío en que se desenvuelven, muchas veces dentro de una marco de una aro (el círculo es la forma perfecta, y la más universal de las formas simbólicas), dentro del cual, o al borde del cual actúa la figura.

El carácter simbólico (y no formal) de la obra se hace evidente. Su discurso es metafórico, alusivo a “otra cosa” que no está presente, que no se muestra, que solo se sugiere, o se invoca. Cada una de estas obras, sean esculturas o pinturas, permite lecturas diversas, no necesariamente coincidentes ni equivalentes.

Cada quien ve en ellas algo de si mismo, como suele ocurrir en el arte, y mas aun es este tipo de expresiones, sobre todo si es ese uno de sus propósitos deliberados, como en este caso. El círculo (representado en forma de aro circundante) simboliza, entre otras cosas, el estado de totalidad original, el estado uroborico, en el que uno es parte indivisa e indistinta del todo, como es imaginado en los mitos de la creación, generalmente representados en círculos y en mandalas, alusivos a la Edad de Oro, al Paraíso perdido, al universo, a lo infinito (sobre todo cuando el centro del círculo esta en todas partes y su periferia en ninguna). El círculo alude también a la búsqueda del Axis Mundi, y a la atracción que sentimos hacia un inalcanzable centro.

La obra escultórica y pictórica de CRB tiene algo de autobiográfica, o tal vez mucho, aunque no de un modo directo, por que se trata de ficciones que no describen ni muestran a la autora, pero expresan de algún modo su visión del mundo. No olvidemos que a veces en el arte, como ocurre en estas obras, lo visible no es importante en si mismo, sino porque representa lo invisible. Aparentemente las pinturas de Carolina Rodríguez Baptista son más ricas y elocuentes, y por tanto más atractivas, por que en ellas suceden visualmente mas cosas, mientras en las esculturas se omiten y se deja el vacío, para que solo ocurran en la imaginación de quien las mira.

PERAN HERMINY

Critico, artista, profesor e investigador de las artes, en el ejercicio desde hace mas de cincuenta años (desde los años cincuenta del siglo pasado). Autor de varios libros sobre el arte y la cultura.

